

ALREDEDOR DE *ORÍGENES*: CINTIO VITIER Y FINA GARCÍA MARRUZ

Adolfo Castañón*

Orígenes –la revista publicada en Cuba por José Lezama Lima y José Rodríguez Feo entre 1944 y 1956 y reeditada por Ediciones Turner de Madrid y El Equilibrista en México, con introducción de Marcelo Uribe– es uno de esos archipiélagos paradójicos donde conviven y se fusionan la claustrofilia y la claustrofobia, soledad y comunión, aislamiento y universalidad a través de los puentes que va tendiendo el imán de la conversación. *Orígenes* es la expresión pública de la *Cuba secreta* que diría María Zambrano al reseñar la antología *Diez poetas cubanos* preparada por Cintio Vitier. *Orígenes* es, como *Sur*, como *Contemporáneos*, como *Vuelta*, una máquina de guerra delirante armada contra un medio mezquino donde la literatura no ha lugar, una máquina de auto-alumbramiento de la inteligencia secreta. Su príncipe magnético es José Lezama Lima quien con la ayuda y mecenazgo de José Rodríguez Feo logra tejer la trama de un encuentro colectivo, la tela de una conversación en la que participan Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego, Gastón Baquero, Ángel Gaztelu, Octavio Smith, Julián Orbón, entre otros. Algo había de jubiloso y desafiante en aquel archipiélago elocuente convencido del carácter fértil y creador de una marginalidad y una excentricidad asumidas a la vez con pasión mesiánica y despreocupación lúdica. Con profundidad ética y estética. El editorial con que se abre el número inaugural de la revista expresa un horizonte a la vez generoso y selectivo, libre y abierto pero comprometido con las semillas –las ideas y los frutos: las obras artísticas y poéticas– de la libertad:

No interesa a *Orígenes* formular un programa, sino ir lanzando las flechas de su propia estela. Como no cambiamos con las estaciones, no tenemos que justificar en extensos alegatos una piel de camaleón. No nos interesan superficiales mutaciones, sino ir subrayando la toma de posesión del ser. Queremos situarnos cerca de aquellas fuerzas de creación, de todo fuerte nacimiento, donde hay que ir a buscar la pureza o impureza, la cualidad o descalificación de todo arte. Toda obra ofrecida dentro del tipo humanista de cultura, o es una creación en la que el hombre muestra su tensión, su fiebre, sus momentos más vigilados y valiosos, o es por el contrario, una manifestación banal de decorativa simpleza. Nos interesan fundamentalmente aquellos momentos de

* Ensayista, crítico y poeta. Su libro más reciente es *Había una voz* (poesía), Universidad Veracruzana, 2000

creación en los que el germen se convierte en criatura y lo desconocido va siendo poseído en la medida en que esto es posible y en que no engendra una desdichada arrogancia.

El respeto que merece el hombre afanoso de acercarse a esa creación, cuya obra tiene que desenvolverse dentro de una ganada libertad, engendrando en consecuencia la justicia que nos interesa, que consiste en dividir a los hombres en creadores y trabajadores, o, por el contrario, en arribistas y perezosos. La libertad consiste para nosotros en el respeto absoluto que merece el trabajo por la creación, para expresarse en la forma más conveniente a su temperamento, a sus deseos o a su frustración, ya partiendo de su yo más oscuro, de su reacción o acción ante las sollicitaciones del mundo exterior, siempre que se manifieste dentro de la tradición humanista, y la libertad que se deriva de esa tradición que ha sido el orgullo y la apetencia del americano.

Sabemos que cualquier dualismo que nos lleve a poner la vida por encima de la cultura, o los valores de la cultura privados de oxígeno vital, es ridículamente nociva, sólo es posible la alusión a ese dualismo en etapas de decadencia. En épocas de plenitud, la cultura, dentro de la tradición humanista, actúa con todos sus sentidos, tentando, incorporando el mundo a su propia sustancia. Cuando la vida tiene primacía sobre la cultura, dualismo sólo permitido por ingenuos o malintencionados, es que se tiene de ésta un concepto decorativo. Cuando la cultura actúa desvinculada de sus raíces es pobre cosa torcida y maloliente. *In hoc nescio primun, nescio deinde*. En estas cosas no hay primero, no hay después. Que siendo ambas, vida y cultura, una sola y misma cosa, no hay por qué separarlas y hablar de ridículas primacías. Un filólogo ha observado que *Don Quijote* y *La Dorotea*, son consecuencia de vivir la literatura o de literaturizar la vida. En las fundamentales cosas que nos interesan todo dualismo es superficial, todo apartarse de lo primigenio —que no tolera dualismo o primacías— obra de falacia o de apresurados inconscientes.

En música, pintura y poesía, se han alcanzado entre nosotros ya algunas claridades. Para ello era necesario desbrozar los obstáculos que venían demorando nuestro arte. Ya están dicho-



Comida de los miembros de *Orígenes* del poeta Eliseo Diego.



samente lejanos los tiempos en que se hablaba de arte puro o inmanente, y de un arte doctrinal, que soportaba una tesis, sumergido en un desarrollo que partiendo de una simplista causalidad se contentaba con un final esperado, impuesto y sobrentendido. Si el artista necesita de una cabal libertad para su expresión, su justificación será el rendimiento de esa misma libertad en forma cualitativa. Los frutos de esa libertad serán saludables o cenicientos por la calidad de sus jugos nutricios, escogidos con esa exquisita libertad que señala el árbol bien plantado y suelto frente al cielo. Su pureza estará, repetimos, en la absorción depurada de sus raíces, en lo esencial de su desnudez, o en la plenitud que día a día logre diseñar, nunca en las manifestaciones externas o ruidosas movidas por manos que pueden ser estériles, aunque se agiten en el orbe de una extrema locuacidad.

Cualquiera que sea la actitud que se adopte para valorar el fenómeno artístico, sabemos hoy que nos encontramos ante la dilatada vastedad de un mundo cuantitativo sucesivo, donde las revoluciones y los peces impresionistas, las glorificaciones y la lepra, las más herméticas formas de la clausura y las más dionisiacas descargas populares, ofrecen una violenta riqueza sucesiva que es necesario reducir, en la dolorosa reducción del yo a la nada y de ésta a un nacimiento. Frente a ese mundo de violentos ofrecimientos, el hombre muestra su fiera selección, las cosas de las que ha querido hacerse acompañar hasta el final. Las demás modas, inútilmente disfrazadas de modo, de métodos, cultivan un fragmento o un deseo, teniendo la desventura al habitar con tristeza sus porciúnculas, de mostrar un inmenso orgullo, procurando aislar, con un terrorismo retórico, a los que buscan sin encontrar y encuentran sin buscar.

Sabemos ya hoy que las esenciales cosas que nos mueven parten del hombre; surgen de él y después de trazar sus inquietantes aventuras, pueden regresar, tornándolo altivo o humillado, pero dejando su conciencia, sus incorporaciones y las diversas formas de su nutrición, mereciendo un respeto en directa relación con una libertad que estamos dispuestos a defender y justificar la salud de sus frutos.¹

Los editores

1 Revista *Orígenes*, La Habana, Cuba, Año 1, Núm. 1, 1944, pp.7-9.

La toma de posesión del ser es una tarea donde se cruza lo individual y lo colectivo, el cuerpo y la ciudad, y hay en ella un imperativo que remite a "la absorción depurada de sus raíces". Está en juego, desde luego, un clasicismo, la búsqueda de una elevada norma de vida artística y de pensamiento crítico en la que la alegría, el placer, el júbilo luminoso son rasgos esenciales (uno de los artículos clave del número uno es el de Aníbal Rodríguez: "Notas para una fundamentación de la alegría"). La poesía y la fábula, el pensamiento crítico y la contemplación intelectual pero también el sistema todo de las bellas artes que diría Alain: la pintura, la música, la escultura, la arquitectura, el cine. Ni la poesía ni los poetas están solos y prueba de ello son quizá esas fotografías que registran los animados y jubilosos banquetes donde se reunían los amigos de *Orígenes* y que son como una radiografía de los órganos internos de la revista. Banquetes, simposios y ceremoniales donde el cuerpo de la revista se restituye a sí mismo como si *Orígenes* no fuese el nombre de una revista sino el de un país –la Cuba secreta–, una potencia noble, soberana, desdenosa de un país de tan real, irreal, esa Cuba hermética opuesta a la isla amnésica de los advenedizos.

Cuba secreta, patria pre-natal –al decir de María Zambrano–, isla inteligible que va germinando en estas semillas de *Orígenes* (Lezama recuerda al hablar de Cintio Vitier que "simiente en latín ofrece los siguientes sinónimos: origo, semen, radix principium" [*Orígenes*, p. 331]), patria que va saliendo del olvido y abandono para tomar posesión de su propio ser, para encontrar las formas de su vivir a través de la poesía: "Querían que la poesía que se elaboraba fuese una seguridad para las generaciones venideras. Si no había tradición entre nosotros, lo mejor era que la poesía ocupara ese sitio y así había la posibilidad de que en lo sucesivo mostráramos un estilo de vida" (p. 330). Como si *Orígenes* fuese algo más que una revista literaria y fuese, tras la fachada literaria, el nombre casi de una corriente religiosa, de una secta para la cual las disciplinas artísticas fuesen la envoltura de una ética superior, la piel de una piedad entre mágica y litúrgica, la película protectora de un *ethos* fundado en la amistad. Como si la poesía –según advierte María Zambrano sobre Fina García Marruz– se diese "por añadidura" y fuese, nada más pero nada menos, la prenda de esa sobre-abundancia del ser, de una plenitud en que coinciden en el ápice seminal de la revista *Orígenes* el instante de madurez vital y el momento de plenitud creadora ya no de un grupo de poetas y artistas sino de una ciudad invisible y ubicua de la que ese grupo ya es anuncio y realización.

Dice José Lezama Lima: "Si a esto añadimos la amistad como un misterio y una decisiva fuerza aglutinante, se va aclarando el secreto de la perdurabilidad de *Orígenes* desde sus primeras raíces. El hecho, muy importante también de conten-

tarnos con poco, muy poco, en el orden económico, de un innato rechazo de las apetencias sombrías o de la ocupación de posiciones, en un momento en que la vida nacional era precisamente todo lo contrario, la más incontrastable búsqueda de lo cercado y lo satisfecho. El hecho de que en aquella precipitada búsqueda de lo inmediato, en aquel vivir banal y tonto, apareciese de pronto un grupo de hombres que buscase todo lo contrario, es decir las más nobles apetencias de la inteligencia y la poesía bastaban para que el atento a los soplos del espíritu viese en aquel grupo la excepción necesaria creadora, capaz de regalarnos una dichosa sorpresa. Desde luego, que las invisibles leyes del *sympathos* funcionaban admirablemente en aquel grupo de hombres trabajadores que sin arrogancia venían a saltar un vacío y a hacer retroceder los avances de un bosque de muerto" (citado en *Orígenes xxxviii*).

La amistad como un rito inaugural y un acto propiciatorio de esa misión espiritual verificada a través de la poesía y el arte es paralela a la humildad –en el doble sentido de apego a lo elemental (*humus*) y contentamiento ante la escasez y la precariedad (*humano=humus*). El eco del *sympathos* amistoso enunciado por Lezama Lima regresa, ya devorado y hecho carne, en este poema de Cintio Vitier (incluido en *Hojas perdidizas*, 1988) donde se accede a ese acuario mental que es la

Casa de Lezama

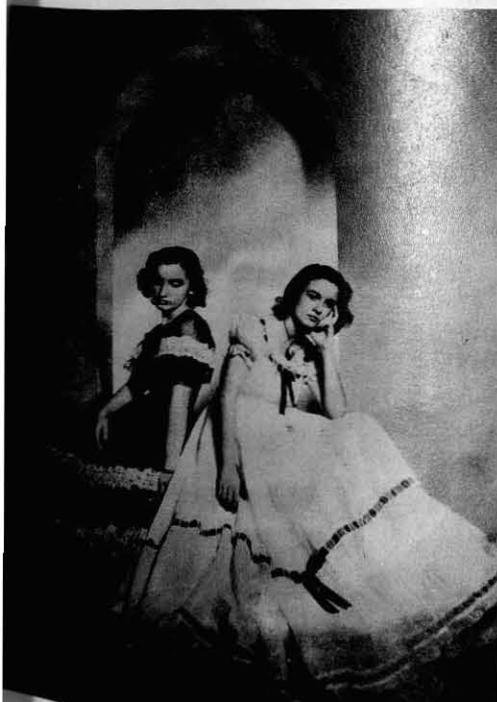
Lezama, usted me mira y se ríe
con sus ojos achinados de criollo
que sabe que se ha salido con la suya,
aunque esté decapitado en el marcador
de unas obras completas aguilar que le

[llegaron

a la casa vacía: usted se ríe
y me mira sin mirarme porque sabe
que ya esa condición no es necesaria:
usted se ríe, nos ríe
como un sabio mandarín
jugando el juego de las decapitaciones:
ahora soy una testa cortada
en el marcador de una obra
que no veré nunca, pero la conversación
no tiene por qué interrumpirse. La benévola,
el rocío, no tiene por qué interrumpirse.
Entre lo más cercano y lo más lejano
su rostro pasa del aire a la hoja
que lo devuelve en la respiración
de la marea y las estrellas.
Estamos en el mismo sitio

donde nos sorprendió la vida,
los tres, los dos, o los cuatro,
siempre falta uno al que usted alude
con una bocanada de ironía indescifrable.
Se ve que le han quitado el pecho ansioso,
hundido como acordeón entre arrecifes,
que le han quitado hasta el tonel
donde nadaba con las manos atadas,
y se ha quedado ya cortado
de todo, sin jadeo, en el murmullo
que sale de una gruta submarina.
Pero esa gruta sigue siendo Trocadero
entre Industrias y Consulado: sí, más cerca
del bastidor de Flora, inventora
suprema de las cosas, alejada
del sombrío canaleta de luces amarillas:
allí el sitio a donde calles
confusas no conducen, donde una
estrella recién cortada
va mojado sus puntas en otra estrella
[enemiga.

Oh Dios, oh dioses, éste es el sitio.
Las columnas graciosas nos esperan,
la ventana cerrada está temblando,



Fina García Marruz, vestida de negro y su hermana Bella, quien sería esposa del poeta Eliseo Diego.

la puerta oculta, lateral, se entreabre.
 Usted nos recibía con el peso
 de toda pesadumbre que se alza
 a bendecir al peregrino, con las puntas
 de los dedos mojados en la sal, sudor marino
 y soñada ceremonia de una voz
 que sonreía desde lejos contemplando
 el regreso de Orfeo hacia la luz.
 Era la casa del análogo,
 al entrar dejábamos de ser ese deseo errante,
 ese furor desértico del yo, para bañarnos
 en la brisita nupcial de la metáfora
 y salir a pasear por la otra orilla.
 Su secreto era un punto imprecisable
 que lo tocaba todo, trastes de ámbar
 que su sueño toca, Tao del centro de La
 [Habana,

el mejor té de La Habana Vieja ya llegaba
 o el copón helado del risueño limoné.

Aquel punto volante, imán
 de la mutua alegría del saber y el no saber,
 en este dulce octubre de la reminiscencia.
 Octubre está escalando sereno la ventana.
 Usted se asoma a la ventana para vernos,
 para entrar en la cámara oscura con nosotros
 y salir los cuatro fijos en el punto inmóvil
 mirando la luciérnaga muerta, pero no por eso
 tiene que interrumpirse la conversación.
 La ventana se cierra cortando los colores
 de la vecinería como un mazapán que se
 [rebana
 y se sirve riendo a la visita en la sala materna.²

...“los tres, los dos o los cuatro” dice Vitier y luego “los cuatro fijos en el patio inmóvil” ¿Quiénes eran? Lezama, por supuesto y Cintio Vitier y Fina García Marruz y Eliseo Diego, casado con Bella García Marruz, de modo “que la brisita nupcial de la metáfora” no era nada metafórica a la luz límpida de las “novias hermanas” –Fina y Bella– que hermanaron a Cintio y a Eliseo y que fueron como la piedra miliar, la clave de la bóveda que sostendría la Casa de la Transparencia y la Amistad que fue, quiso ser y sigue siendo en la memoria la revista *Orígenes*. La idea de la familia espiritual vuelve a la pluma de Cintio Vitier en *De Peña Pobre* –memoria y novela–, publicada en México primero en 1978 (Siglo XXI Editores) y luego en 1990 en su edición completa por la Universidad Veracruzana. Dice ahí: “...tanto él como ellos tenían una fe profunda, inmovible, inexplicable, fe realmente de destino: la fe, la alegría, el orgullo de formar *una familia por el espíritu*, con un trabajo común que realizar, comunidad y comunión de soledades, roca desnuda, resistente, áltiva, salvada de la locura circundante”.³

El que dice espíritu dice pobreza y peligro. La idea de vivir en la intemperie del riesgo es clave en la literatura moderna. Será central en Rilke y en Rimbaud. También lo será para los escritores reunidos en torno a *Orígenes* que no ignoran el poder de transfiguración del desamparo, la fecunda epifanía del riesgo. Paralela a ella está la pobreza. Ni Lezama ni Cintio Vitier, ni Eliseo Diego, ni Fina García Marruz se merecieron lo que María Zambrano llamó: “ese castigo, la riqueza”. Hay, en ellos, detrás de la exuberancia imaginaria, una acendrada sencillez y un amor por la pobreza que subraya la condición ascética de su ejercicio.

2 Vitier, Cintio, *Hojas perdidas* “Casa de Lezama”, Edición Equilibrista, México, 1988, pp. 81-83.

3 Vitier, Cintio, *De Peña Pobre*, Siglo XXI Editores, México, 1978.

Entre todos es quizá en la poesía de Fina García Marruz donde se explicita esa idea: cuyo supuesto desaliño lleva a Eliseo Diego a compararla con Teresa de Jesús. Desde la intemperie, Fina García Marruz canta a la intemperie

Versos a los descampados

Nada me es más familiar que el descampado
donde se ven raíles de un tren que ya no cruza,
donde entre los hierbajos y las yerbas rociadas
un pajarillo apenas vistoso, nerviosamente brinca.

Un s de nadie esmaltánse amarillos y azules.

Algo deslavazadas, ni bien ni mal del todo
Acá un mate apagado, allá un fulgor
y espacios que aún humilde alientan entre asombrados oros
Nada me gusta más que ver en las mañanas
cuando voy al trabajo, los frescos descampados
donde entre henos viejos y deshechos que aún orden
florejillas menudas, pálidamente brillan.⁴

Este vínculo con la pobreza es todavía más poderoso en el caso de la mujer que escribe. En su nota sobre *Espacios métricos* de Silvina Ocampo, Fina García Marruz expresa cómo la cultura occidental masculina aparece como una civilización de la mirada en la cual la cultura femenina, la cultura del tacto y de lo entrañado no parece tener lugar más que a través de un segundo movimiento, de un reflejo crítico que desconfía de lo mirado y de las apariencias para abrirse a la intuición de un espacio que es tiempo, de una era imaginaria donde la verdad se revela en el contacto intelectual y por la intuición que acoge y toca, por así decir, al mundo desde dentro y en vez de mirarlo lo concibe. La poesía sería el instrumento de esta mirada interior para la cual son vehículos imprescindibles cierta pobreza fecunda, cierta luminosa oscuridad. Sería a la vez el instrumento para adquirir y la prueba de que se posee la corona de laurel de los que han llegado a saber quiénes son ellos mismos, para citar a Juan García Ponce, uno de los primeros lectores mexicanos de José Lezama Lima y de los poetas y escritores de *Orígenes*.

Dice Fina García Marruz en su extenso y hermoso ensayo sobre Bécquer: "Recuerdo una libreta de pasta española, que aún conservo, donde tenía copiadas mi madre, con cuidadosa letra morada, las *Rimas* de Bécquer: 'Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía...' (...) Recuerdo que antes de comprender del todo de qué se trataba, me seducía aquella cadencia larga interminable. Bécquer abría el arpegio a punto de

Revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, Fina García Marruz, "Versos a los descampados", Invierno de 1998 / 1999, Madrid, p. 9.

cubrir todo el teclado ('cadencias que el aire dilata en las sombras'). Hablaba de un himno 'gigante y extraño' que luego uno no oía, o el himno era la promesa enorme que no llegaba, cuyo dador se ocultaba en las sombras. Algunos versos aislados eran como fragmentos de otro poema que no era el que leíamos, *adivinaciones superiores a él, hallazgo de acento y alma: '¿Será verdad que, huésped de las nieblas?...'*⁵

El recuerdo de Bécquer resucitará entre los jóvenes cubanos con la visita de Juan Ramón Jiménez quien les recuerda que en el Segundo Romanticismo (el de Bécquer y el de Rosalía de Castro) el poeta huye del resplandor de las candilejas y busca esa forma de la pobreza llamada oscuridad.

Ese entrar en la posesión del ser propio, a que aludía el editorial del número uno de *Orígenes*, encuentra en el espacio de lo fragmentario un instrumento idóneo precisamente porque reanuda las nupcias con el presente radical del tiempo vivido luego de haber celebrado el divorcio con el orden convencional y la unidad superficial del relato oficial y periodístico. Abajo y atrás del resplandor solar que irradian los poemas de Cintio Vitier y Fina García Marruz está esa avidez de refracción y de reflexión, de ángulo oscuro que hace de sus cuerpos escritos otros tantos viajes verticales al cinturón volcánico que, más allá de las inaccesibles honduras submarinas de la imagen, encierra el corazón ardiente de la tierra, otras tantas aproximaciones al reino inaccesible de Melkisedec. Ahí la poesía se dará por añadidura:

Fina García Marruz
Carta a César Vallejo

César Vallejo, tu bastón, tus ojos,
tu madre, tu chaleco humilde y triste,
tus palabras de uso, gastadas noblemente
como una herramienta milenaria
que te han puesto en las manos,
como la herramienta tocada, sudada por el hombre,
agraviado de tanta lejanía, anónimo señor de la
[calle,
elegido a fuerza, sepulturero, insomne,
calado hasta los huesos de trascendente llama,
de trigo servicial y de nativo llanto necesario,
César Vallejo, tu pan leído del cielo,
tu pan distinto de nostalgia,
tu cara parecida a "en fin", "después de todo",
César Vallejo, del lado más terrible y más desnudo

[del mundo,
haces signos, previenes, nos preguntas la sangre,
nos preguntas el sueño y nos gritas
por qué te dan así tanto en el alma.

César Vallejo, tu voz cómo nos suena,
qué igual a tu persona inconfundible, a la incesante
[piedra
de tu siempre, a tu caer molido en tu esqueleto,
a tu caer sin fin hasta tu fondo
sin sobra y con arrugas,
a tu espoleada frente recorriendo
la tierra varonil de tu tristeza.
Porque así, sencillamente, como debe ser,
hablas las cosas que te pasan

5 Fina García Marruz: *Habla poesía*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, Cuba, 1986, p.



y todavía más las que han pasado,
 porque es necesario hacer clara la lista,
 el texto que te piden, la escritura que sacas
 del olvido, que piden a ese sueño sombrío que es
 [tu vida,
 la cláusula pasiva de tu carne, tus palabras,
 como tú las querías, para siempre.

Ahora pienso en ti, pienso en la roca
 que tiene el cielo atrás, echado al alma,
 y un taciturno espeso espejo que lo mira,
 su existir corrobora las aves sin embargo,
 y es así que te veo, escueto de pasiones,
 rectificando al hombre que pasa por
 [la calle
 con su familia tácita, su esperanza inmediata,
 su rostro en el bolsillo momentáneo,
 y tú, mientras, desnudo, mortificado, solo,
 rectificas tu muerte, rectificas
 su estancia sollozada, su suntuosa mentira,
 y las definitivas decenas, gota a gota,
 de la muy minuciosa y pueril, de un solo trago,
 y la arbitraria cuenta de tus noches.

Pero si es verdad que, como te decía,
 atestigüas el llanto, de pie, contra la noche,
 o el súbito argumento rotundo de una muerte,
 si es verdad que sollozas tu fuego venidero,
 y les das unidad a tanta desgracia,

tanto oscuro desorden cercando, tanta sombra,
 aún te queda sonrisa por la sopa materna,
 y el vino hecho en la casa recorre tus semanas,
 aún hablas de las muelas, del tiempo, o de si es
 [tarde,

aún ves caer la lluvia y te sonríes
 como si hubieras visto un pariente querido,
 aún dices sin embargo, bizcocho, nieve, ahora,
 aún olvidas, no excluyes,
 admitiendo esa costumbre tan antigua del mundo
 de abrazar la saliva y el ave,
 en el mismo aceite innostrado,
 en un tan idéntico fuego de estatura melancólica.
 Aún olvidas el llanto un instante, la agujereada
 materia de tu llanto, y un momento acaricias la
 [vida,
 y dices que no es nada, no es nada, no es nada.

En esta hora que te escribo
 todo sigue lo mismo, las nubes, las semanas,
 ya ves, es increíble que toda siga tan lo mismo,
 y si es verdad que pensar que hayas vivido
 me alegra y duele a un tiempo,
 sé que es sólo un momento que pasará bien pronto
 pues apenas hay hora para vivir lo nuestro y decir
 aquí estamos, éste es mi testimonio, ésta es mi alma.

Siga el árbol y el hombre con su amargura a cuestras
 y las sagradas letras del crepúsculo olviden
 que apenas se ha perdido tu pobrecito traje
 de esa tela tan triste que nos das para siempre.
 Llueve largo el olvido,
 tu pueblo está distante, trabajador, minero,
 ya no llueve otra vez porque te acuerdes
 cómo llovía antes, y está oscuro
 tu domingo, la casa, el adiós.⁶ ✱